

Xaverio Ballester – Universidad de Valencia\*

### La perspectiva indigenista

En los últimos años un grupo de estudiosos de distintas especialidades y nacionalidades hemos venido impugnando la versión tradicional de los orígenes de las lenguas indoeuropeas, así como la revisión en clave neolítica de esa versión tradicional por Sir Colin RENFREW (especialmente 1990, 1999), convergiendo nosotros, como aserto quizá de mayores consecuencias, en postular una retrodatación para las fechas tanto del conglomerado lingüístico indoeuropeo cuanto de la emergencia de sus distintos grupos, y rechazando como explicación de la extensión de las lenguas indoeuropeas las ambas propuestas lingüísticas de corte invasionista y supremacista, tanto las belicosas —totalmente fantasmagóricas por lo demás en sus manifestaciones empíricas— cuanto las pacíficas, y proponiendo así un general marco indigenista, marco general que el sin duda más conspicuo representante de la propuesta, el italiano Mario ALINEI (1996, 2000), ha denominado *Teoría de la Continuidad*, probablemente en consonancia con la afín teoría urálica (en finés *jatkuvaisuusteoria*) ahora predominante y que retrotrae la datación de la formación de este conjunto lingüístico a época paleolítica. Con las pertinentes matizaciones, estas ideas contaron ya con precursores muy tempranos, como sería el caso de KÜHN (1932). De entre los glotólogos más modernos y junto a ALINEI citemos al menos a COSTA (1998, 2001) y CAVAZZA (2001). Aspecto importante, por otro lado, para la consolidación de los nuevos postulados está siendo el emergente consenso interdisciplinar representado por arqueólogos como POGHIRC (1992), climatólogos como ADAMS (1999 con Otte), historiadores como HÄUSLER (1996, 1998), o prehistoriadores como OTTE (1997, 1998, 1999 con Adams, 2000), a los que habría que añadir, por la convergencia de sus datos, a genetistas como RICHARDS (2000), SEMINO (2000) y sus equipos, o SYKES (2001), cuyos estudios refrendan el origen *paleolítico* de los genes de la mayoría de los europeos, algo que, aun ciertamente no constituyendo prueba decisiva ni directa de que el conglomerado indoeuropeo deb[erí]a datarse también en esa época, por obvias razones sí conforma un obstáculo mayúsculo para toda teoría que defienda una datación posterior.

Como es lógico, las nuevas propuestas afectan también en diferentes y variados aspectos a las lenguas germánicas. La cuestión que, seáse al menos a título ilustrativo, aquí trataremos por su relevancia y mayor apartamiento de las tesis tradicionales concierne al primer origen germánico del inglés, tal como puede encontrarse en la exposición de ALINEI (2000: 301–463 especialmente), con diferencia la exposición más elaborada. Se recordará que para la teoría tradicional ninguna lengua germánica se habría hablado —al menos de modo colectivo— en las islas británicas antes de la arribada de germánicos anglos y sajones (y jutos) desde el norte de Alemania,

---

\* Lección presentada el día 9 de marzo del MMIV como clase regular de la asignatura “Historia de la Lengua Inglesa” impartida por los Doctores Mila del Saz y Barry Pennock.

acontecimiento datado oficial o al menos simbólicamente en el año 449 *a.D.* en razón de un pasaje (1,15) de la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* de BEDA, obra culminada en el 731. Las nuevas propuestas contendrían, en cambio, la presencia de germanofonos en la antigua *Britannia* en una época muy anterior y ello en dos opciones *autoctonistas* básicas:

- en época mesolítica, en el marco de la cultura de Maglemose y en el trascendental contexto ecolimático de la deglaciación, y
- en época neolítica, en el marco de la cultura de la cerámica lineal (en alemán *Linienbandkeramik*), de procedencia balcánica y que a partir del V milenio se extendería, sobre todo a lo largo del Danubio, hasta la Europa central y de allí hasta áreas muy periféricas, acaso, pues, también hasta la antigua *Britannia*.

### La escenografía mesolítica

Por revestir mayor interés intrínseco y por su mayor potencial explicativo, aquí nos centraremos en el análisis de la propuesta mesolítica, una vez que la propuesta neolítica podría quedar garantizada por el simple pero contundente hecho de que «Existen desarrollos semánticos típicamente neolíticos que el inglés no comparte con ninguna otra lengua germánica. Estos parecerían demostrar que el Neolítico de una parte de la isla fue de lengua germánica», así ALINEI (2000: 401), quien ejemplifica con los términos ingleses de *lady* y *lord*. Estos germanos neolíticos serían los que, en el marco de la cultura de la cerámica lineal, habrían introducido el germánico léxico agropecuario del inglés: *cow* ‘vaca’, *goat* ‘cabra’, *hoe* ‘azada’, *horse* ‘caballo’, *ox* ‘buey’, *pot* ‘olla’, *rye* ‘centeno’, *sheep* ‘oveja’, *swine* ‘cerdo’, *wheat* ‘trigo’... (Alinei 2000: 400)

Obvio es, por otra parte, que la general retrodatación de las nuevas propuestas significa no un simple cambio de cifras sino sobre todo un coperniquiano giro de contenidos. En efecto, al abandonar las tesis tradicionales pasamos de sociedades de la Edad de Bronce que se hallan en el umbral de la historia —en suma, de sociedades esencialmente como las nuestras sólo que tecnológicamente muchísimo menos complejas— a sociedades cultural e ideológicamente totalmente diferentes, pasamos de sociedades antiguas a comunidades primitivas, pasamos de reyes, sacerdotes y comerciantes a cazadores y recolectores, y además en un ecosistema totalmente diferente. Este último aspecto es decisivo para nuestro tema por la sencilla razón de que el territorio aquí considerado fue precisamente de los más afectados por los bruscos cambios climáticos y consecuentemente ecológicos que marcaron el fin del Paleolítico, es decir, el fin de la época glacial, el fin de la Edad del Hielo.

En efecto, durante aquel período la mayor parte de las actuales islas británicas constituía un territorio inhabitable ya que la zona septentrional se hallaba bajo una inmensa capa de hielo. No menos significativamente el territorio habitable se hallaba unido al continente por un enorme puente terrestre, ya que el característico descenso del nivel de las aguas en época glacial —un centenar de metros por debajo del actual— dejaba emergente la vasta plataforma continental del Mar del Norte. El recalentamiento de las temperaturas produjo el deshielo de los casquetes polares y consecuentemente desencadenó el proceso de deglaciación, proceso que —calculan los especialistas—

duró más de un milenio y por el cual las aguas subieron en todo el planeta una media de cien metros inundando y anegando, por tanto, numerosos territorios y cambiando, en fin, literalmente la faz de la tierra. Como consecuencia de todo ello, el antiguo *punte* continental que unía el territorio británico con la Germania nordoccidental desapareció bajo las aguas. Irlanda quedó convertida en una isla probablemente hacia los inicios del VII milenio a.C. *Sólo* medio siglo más tarde, hacia el 6.500, la plataforma continental del Mar del Norte debió de quedar enteramente sumergida. Durante un largo período, desde el comienzo del clima cálido hacia el 8000 a.C. y hasta el 5800 a.C., las (posteriores) islas de Irlanda y Gran Bretaña permanecieron unidas por uno o más puentes continentales, una época, por tanto, en general ya posterior a la de los primeros vestigios de ocupación humana en Irlanda, los cuales datan del IX milenio (Alinei 2000: 517). Sin duda la inundación de todo aquel vastísimo y rico territorio comportó un movimiento migratorio de las poblaciones entonces allí estantes y en dirección a los territorios seguros que se encontraban más accesibles o cercanos, pues, dada la gradualidad del proceso, estas gentes tuvieron tiempo de sobra para ganar su supervivencia, siendo además buenos navegantes, como mostrarían sin más, por ejemplo, los restos de remos de madera encontrados en el yacimiento mesolítico inglés de Star Carr (Yorkshire). El asunto debió de ser, para su época, de enorme relevancia humana y económica, ya que sin duda alguna la zona sumergida había estado habitada y aun con una de las mayores densidades de población para ese tiempo y para la Europa nordoccidental (Jakobi 1973: 245) por mor de su gran riqueza de recursos, una vez que aquella vasta llanura «rota por los estuarios y cuencas fluviales de los ríos Rin, Mosa, Weser, Elba, Támesis y Lin y sus afluentes [...] proporcionó una concentración de recursos alimenticios sin parangón con ninguna otra parte de la Europa septentrional en aquel período o subsecuentemente» (Jakobi 1973: 245).

El otro gran pueblo afectado por las inundaciones de la deglaciación y aun muy probablemente en mucha mayor medida fue el pueblo céltico. Ya en otro lugar argumentamos cómo, en la estratigrafía propia de todos los mitos, en lo referente a los relatos cuasi-planetarios sobre espectaculares diluvios y cuyo más popular muestra en ámbito occidental sería el bíblico del diluvio universal, el estrato más antiguo debe de corresponder a las inundaciones y *diluvios* coetáneos a la deglaciación. Tan importante tema, naturalmente, no podía faltar en la mitología céltica, sobre todo —argumentábamos nosotros— en los relatos concernientes a ciudades sumergidas y sucedáneos, relatos que abundan un poco por todo el mundo céltico. Así, por ejemplo, en Galicia son numerosísimas las localidades que en la tradición popular fueron anegadas y sumergidas pero cuyo nombre aún se conserva: *Malverde, Petronia, Reiris, Teixidelo, Traba...* (Cuba & al. 2000 ss. vv.). Aunque para el tópico céltico se han forzado explicaciones históricas bien recientes —como «un retorno brusco del clima húmedo y frío en la Europa central y septentrional» alrededor del 530 a.C. (Sopeña 1995: 88)— es obvio que el alcance y profundidad del tema de la ciudad sumergida (*ciudad*, evidentemente, en una actualización de un estrato más antiguo del mito) y que se da, como vemos, también en una Europa mucho más meridional, está demasiado extendido por todo el universo céltico como para resultar explicable por tan puntuales acontecimientos de la Edad de Hierro. Como será conocido, el temor a morir anegados por un mar desbordado es, junto al temor a morir aplastados por un cielo derrumbado,

una constante documentada en el folclore y mitología de los celtas ya desde época clásica.

Tornando ahora del probable mito a la segura realidad, la hipótesis no sólo más sencilla sino también la más razonable por su mejor acomodo a los datos es suponer un cultura común para un territorio no sólo económica y ecológicamente bien común sino también indudablemente bien comunicado, pese a que para la mayor parte de ese territorio debamos, al menos en la actualidad, renunciar a un testimonio arqueológico todas cuyas pruebas se hallan un centenar de metros bajo el nivel del mar. Sin embargo, la existencia en las riberas del territorio anegado de suficientes indicios de una cultura común impone contar, como hipótesis de partida, con la suposición de una misma cultura —la maglemosiense— para todo aquel territorio y consecuentemente con probabilidad de un mismo tipo de gentes y un mismo tipo de lenguas.

La cultura de la Gente del Bosque (*Forest People* o *Forest Folk*), como fuera denominada por algún autor, era más bien en realidad cosa de gente de costas y de riberas lacustres o fluviales y también por ello suele ser actualmente más conocida por *Cultura de Maglemose*, utilizándose un término danés que significa ‘gran laguna’, en razón del yacimiento hallado en la turbera de Maglemose, cerca de Mullerup, en el litoral occidental de la isla de Seeland (o Sjaelland) y estudiado ya desde comienzos del s. XX. Tal cultura formaría un complejo cultural que se extendería, en efecto, desde el (según las fechas) mar-lago-mar báltico hasta la actual Inglaterra por toda la —terrestrísima— plataforma continental del Mar del Norte entre el 8000 y 5600 a.C. aproximadamente, encontrándose con mayor probabilidad su centro de irradiación en el área escandinávica más meridional (Alinei 2000: 305s). La cultura maglemosiense se presenta como una fase de continuidad y transición entre el Paleolítico —pues sus industrias líticas y óseas remiten al mundo magdaleniense— y el Neolítico subsecuente caracterizándose, entre otras cosas, por el empleo de anzuelos de hueso y la presencia de instrumentos macrolíticos para la elaboración de la madera, detalle con el que —nótese— resultaría muy armónico el empleo en germánico, como en céltico, de la raíz indoeuropea \**uaid[u]*– ‘dividir’ para ‘bosque’ (anglosajón *widu*, ant. islandés *viður*, noruego *vid*, sueco *ved*...), pues ello podría implicar, al decir de ALINEI (2000: 439), «una consideración del bosque como ‘confín’ [...] y, por tanto, una conciencia ya neta de la diversa función económica de los territorios» (véase aún Alinei 2000: 440–3 para más ejemplos relacionados con la foresta y el trabajo de la madera). Puede así conjeturarse con bastante verosimilitud que una buena parte de la cultura maglemosiense desapareció bajo las aguas, sobre todo si, como hacen los especialistas, asignamos al maglemosiense la cultura arqueológica de Broxhorne en Inglaterra (Alinei 2000: 376), lo que marcaría el extremo occidental de aquella cultura.

En cualquier caso y siempre en el marco del paradigma de la continuidad paleolítica, el grupo humano que se habría movido por la zona y forzosamente desplazado por las inundaciones para ganar su supervivencia, pertenecería lingüísticamente, en la hipótesis más elemental y razonable, al mismo grupo que las hablas frisias, las más próximas a esta zona, no habiendo así «razón alguna para excluir que hubiera germanos en Inglaterra aún antes de que esta se convirtiera en una isla y que, por tanto, anglos, sajones y jutos, así como otros germanos que emigraron a la isla

en época proto-histórica e histórica, hubieran podido encontrar allí gentes afines» (Alinei 2000: 376), ninguna razón para excluir, en suma, que «todas las oleadas de germanos que llegaron a la Inglaterra oriental, desde el Neolítico [...] hasta los anglos, los sajones y los jutos históricos hubieran, pues, encontrado un ambiente lingüísticamente afín» (Alinei 2000: 400). Aceptada, en efecto, la perspectiva indigenista, resultaría poco menos que «inconcebible pensar que en la época de inmersión del puente continental entre Inglaterra y Dinamarca todos los celtas eventualmente presentes en la zona se hubiesen refugiado en Inglaterra y todos los germanos en el continente» (Alinei 2000: 399).

Por otra parte, como en el caso del céltico, una tan temprana aparición del grupo lingüístico germánico ya singularizado dentro del conglomerado indoeuropeo no debe sorprender si se tiene en cuenta la posición tan periférica de este grupo en Europa, su seguro contacto con elementos anindoeuropeos (urálicos sobre todo; Gendre 2001), y su mayor aislamiento físico en época paleolítica respecto al gran racimo de lenguas indoeuropeas de la Europa oriental, lo que habría impedido la perduración de procesos de convergencia lingüística y propiciado, por tanto, la aparición de divergencias.

### Por qué paleolíticos. El testimonio de las lenguas germánicas

Tanto la existencia del conjunto lingüístico indoeuropeo en época paleolítica cuanto la aparición de algunos grupos ya individualizados al menos en época neolítica serían asuntos refrendables por una enorme masa de datos pluridisciplinares. Bastará referirse sólo a aquellos datos y lingüísticos y germánicos que simultáneamente puedan iluminar la cuestión principal aquí tratada. Entre los numerosísimos datos presentados por ALINEI seleccionamos, pues, unos pocos, sólo los que nos parecen más ilustrativos.

Muy congruente con la general escenografía de la inundación sería el desarrollo de un término para 'isla', a veces 'isla fluvial' (feroés *hólmur*, inglés dialectal *holm*, ant. islandés *holmi*, sueco *holme*...) a partir de la raíz indoeuropea para 'altura' (gótico *hallus* 'peña[sco]', inglés *hill* 'colina', latín *celsus* 'elevado' o *collis* 'colina', lituano *kalnas* 'colina – monte' o *keliu* 'elevo'...), lo que, como apunta ALINEI (2000: 446), «se deja explicar bien solamente en el contexto de la deglaciación».

En esa misma línea señala también ALINEI (2000: 322) que «En lo que concierne a la Escandinavia septentrional, la Teoría de la Continuidad no admite, pues, más que un guión: los maglemosienses que tras la deglaciación penetraron en la península escandinávica [...] teniendo ya a su disposición el término correspondiente al alemán *Furt* y al inglés *ford* 'vado – paso' y descubriendo el paisaje típico de la Escandinavia septentrional, innovaron llevando el término al significado actual de *fford* 'fiordo'». Sería este, en efecto, el caso de feroés *ffjörður*, ant. islandés *ffjörðr*, noruego *ffjord* o sueco *ffjärd*, todos significando 'fiordo', mientras que, además de por el gótico *furt* 'vado', un valor más antiguo cercano al de 'vado' estaría apuntalado por las correspondencias avéstica *parātuš* 'vado – paso', gálica *ritu-* 'vado', o latinas *porta* 'puerta – paso – desfiladero', *portus* 'puerto', todas muy verosímilmente de la misma raíz indoeuropea.

Por todo ello, más que propiamente un significado de ‘vado’, para el que una raíz indoeuropea \**pant-* ofrecería mejor acomodo (armenio *hun* ‘vado’, griego *πόντος* ‘mar’, latín *pont-* ‘puente – pasarela’, serbocroata *put* ‘camino – viaje’, védico *pánthā-* ‘camino’...), aquella raíz debió de contener originalmente o al menos anteriormente más bien un valor de lugar por el que el vado accede a tierra, esto es, ‘ensenada’ (Alinei 1996: 581) o ‘[des]embarcadero – grao’.

Por otro lado, formas germánicas cuales alemán *See* (masc.) ‘mar’ y (fem.) ‘lago’, danés *sø* ‘lago’, gótico *saiws* ‘lago – mar interior – laguna’, holandés *zee* ‘mar’, inglés *sea* ‘mar’, ant. islandés *sjör* ‘mar’ o sueco *sjö* ‘lago’ fueron ya por POKORNY (1959/69: I 877) explicadas como derivaciones aparentemente adjetivales de una raíz indoeuropea \**sāi-* ‘dolor’, es decir, formaciones totalmente comparables a la del latín *saeuus* ‘fiero – salvaje – terrible’. En el marco neolítico está interpretación resulta absurda, pues para unas culturas que sabían sacar tan buen provecho de tales recursos hídricos ¿qué habría de ‘terrible’ en lagos o mares? Mas nuevamente ALINEI (2000: 430) advierte: «la tesis de Pokorny cobraría sentido si se relacionara con la época de inmersión de enteros territorios septentrionales por efecto de la deglaciación. Además, ello permite un acercamiento a la análoga innovación léxica del goidélico para el nombre del mar, cuya motivación es también ‘rabia’». En efecto, el testimonio céltico —y precisamente céltico— de escocés *fairge* ‘mar’, ant. irlandés *fairrge*, *foirrce* ‘océano – mar’, irlandés *fairrge*, especialmente —*nota bene*— ‘mar tempestuoso – oleaje’, manés *faarkei* ‘mar’, dejándose relacionar sin problemas con ant. irlandés *ferg* ‘rabia’, suministra el deseable paralelo tipológico que hace al menos teóricamente admisible la propuesta de aquella *salvaje* etimología para el mar de los germanos.

Asimismo bien congruente con la escenografía de la inundación sería el empleo de la raíz indoeuropea para ‘defensa – defender’ \**uar-* con el sentido de ‘dique’, por ejemplo, medio bajo alemán *werder* ‘tierra protegida por diques’, anglosajón *wer* ‘empalizada para pesca – dique’, ant. islandés *ver* ‘empalizada para pesca’, islandés *vör* ‘orilla alta de piedra o de arena’, longobardo *wōra* ‘dique’... (Alinei 1996: 595 y 2000: 430).

En principio de lectura pro-paleolítica no menos contundente podría resultar también el étimo germánico para el más común nombre de la casa. Como señala ALINEI (2000: 432): «Su etimología muestra claramente que en su origen se trataba de una tienda de piel». Pues, en efecto, significando ‘casa – habitáculo’ voces cuales, por ejemplo, ant. alto alemán *hus*, danés *hus*, ant. frisio *hus*, inglés *house*, ant. islandés *hús*, feroés *hús* o sueco *hus* se dejan relacionar sin problemas con la misma raíz que encontramos en griego *κύτος* ‘piel’, latín *cutis* ‘piel – película – pellejo’, lituano *kiautas* ‘envoltura’, prusiano *keuto* ‘piel’, es decir, la misma raíz también que encontramos en ant. alto alemán *hūd* ‘piel’, anglosajón *hýd* ‘piel’, feroés *húð* ‘piel bovina’, ant. frisio *hēd* ‘piel’, islandés *húð* ‘piel bovina’ o ant. sajón *hūd* ‘piel’.

*Mutatis mutandis* podría decirse lo mismo respecto al término germánico para ‘cama’. En palabras de ALINEI (2000: 432): «El nombre de la ‘cama’ en las lenguas germánicas tiene su origen en la raíz indoeuropea para ‘excavar’, y debió indicar una yacija excavada en tierra, probablemente para protegerse del frío, o bien una ‘yacija de

animal'». Así alemán *Bett* 'cama', anglosajón *bedd* 'cama[stro]', danés *bed* 'cama', feroés *beð* 'cubre', ant. frisio *bed* 'cama', gótico *badi* 'cama', inglés *bed* 'cama', ant. islandés *beðr* 'cojín – cama', islandés *beður* 'cama', noruego *bed* 'cama' o sueco *bädd* 'cama' deben de contener la misma raíz documentada verbigracia en galés *bedd* 'tumba', latín *fodere* '[ex]cavar', letón *bedre* 'fosa' o lituano *badyti* 'picar – topar[se]'.

Por citar un último ejemplo, digamos que en el seno de una cultura donde la caza y la recolección son actividades aún bien comunes, resulta asimismo muy poco sorprendente la posible especialización de una raíz indoeuropea \**saku-*, probablemente documentada también en muchos otros grupos lingüísticos y significando genéricamente 'seguir – rastrear' ('siglo' griego *ἔπομαι*, irlandés *sechur*, latín *sequor*, lituano *seku*...) con el sentido de 'ojea – ve', tal como encontramos en germánico, alemán *sehen*, gótico *saihan*, holandés *zien*, inglés *see*, islandés *sjá* o sueco *se* (Alinei 2000: 438).

### Y en esto llaman a los de continente

La bondad de un paradigma explicativo se manifiesta esencialmente en la cantidad de problemas que puede resolver, en la cantidad de explicaciones que puede afrontar desde un mejor acomodo a los datos. Veamos si este requisito se cumple y eventualmente en qué medida en comparación con la propuesta tradicional que —recordemos— retrasa hasta mediados del s. V d.C. la aparición, en británico solar, de aquella lengua germánica cuyo primer caudal hará surgir el anglosajón y después, con numerosos afluentes, el inglés moderno.

En primer lugar, será sabido que para muchos las frisias constituirían históricamente un conjunto independiente de hablas dentro del subgrupo germánico occidental (Krahe 1994: 39), al que siguiendo la clásica tripartición de TÁCITO (*Germ.* 2: *Ingaeuones*) algunos denominan *ingevónico*. Ahora bien, siempre se ha reconocido una especial vinculación entre el frisio y el anglosajón, de manera que la lengua inglesa, viene a decirse, «se relaciona muy estrechamente con el frisón y el holandés» (Fernández 1993: 21). Mas esa, también en términos de KRAHE (1994: 40), «estrecha relación» entre ambas entidades lingüísticas debe de ser muy antigua, ya que manifiéstase en fenómenos de grande profundidad cronológica sin que, por otra parte, históricamente haya ulterior testimonio de mayor o especial vinculación entre ambas hablas. En efecto, como cabría esperar, el frisio históricamente ha devenido una lengua, léxica y estructuralmente, mucho más próxima a las hablas neerlandesas, sus principales vecinas históricas (Hoekstra & Tiersma 2002: 528), pero —aún hoy— diversos rasgos evidenciarían aquella especial antigua vinculación con el inglés: anteriorización en [æ] de la antigua [a] germánica (Van Kemenade 2002: 115), palatalizaciones (*tsiis* – *cheese* 'queso', cf. alemán *Käse*; holandés *kaas*; *dei* – *day* 'día', cf. alemán *Tag*, holandés *dag*), pérdida de /n/ ante continua sorda (*ús* – *us* 'nos', cf. alemán *uns*, holandés *ons*), anteriorización de vocales graves (*swiet* – *sweet* 'dulce', cf. alemán *süß*; holandés *zoet*) a más de paralelos léxicos, cuales *boai* – *boy* 'muchacho' o *kaai* – *key* 'llave' (Hoekstra & Tiersma 2002: 528). La conciencia de los frisones de esta especial relación se manifestaría folclóricamente en dichos cuales *Bûter*, *brea*, en griene *tsiis is goed engelsk en goed frysk*, lo que en inglés efectivamente resultaría casi igual: *Butter*,

*bread, and green cheese is good English and good Frish* (tomado de Bernárdez 2001: 63). En la versión tradicional aquella “estrecha relación” entre frisio y anglosajón es datada, naturalmente, en una fecha tardía y explicada con fantasmagóricos especiales *contactos*, por ejemplo, así: «a lo largo del siglo V, tras instalarse anglos y sajones en sus sedes insulares, fue lentamente elaborándose por intensos contactos comerciales y culturales una especie de liga lingüística a lo largo de las costas del Mar del Norte, de la cual formaron parte las fases primitivas del anglosajón y del frisio (de donde el término de “anglo-frisio” otorgado a este grupo), del antiguo sajón y, en mucha menor medida, del nórdico (occidental), pero no del alemán» (Ramat 1993: 414).

Por otra parte, es también sabido que las capas de copias más antiguas en antiguo inglés contienen elementos léxicos del céltico y del latín (Van Kemenade 2002: 140), lenguas para las cuales es ciertamente más probable un contacto en la antigua *Britannia*, tan celticizada y romanizada, que en las costas septentrionales de la antigua *Germania*. Evidentemente, la eventual segura detección de antiguas copias latinas en inglés que no estuvieran presentes en las lenguas germánicas continentales reforzaría esta hipótesis. En cualquier caso, ha de reconocerse que copias directas del latín son teóricamente posibles en casos cuales, por ejemplo, *castrum* ‘campamento’, copia que ha sobrevivido notablemente en la toponimia inglesa (*Colchester, Chichester, Doncaster, Dorchester, Chester, Chesterfield, Gloucester, Lancaster, Leicester, Manchester, Rochester, Winchester, Worcester...*), mientras que las copias célticas se apartan en su adaptación (irlandés *cathir*, galés *caer*) cuando no prefieren partir del diminutivo *castellum* (irlandés *caisel* y *castel*, britónico *castell*), como también prefiere de modo general el restante germánico. Algo parecido podría ser el caso de los topónimos ingleses en *-wich* o *-wick* (*Berwick, Gatwick, Greenwich, Harwich, Ipswich, Norwich, Warwick, Warwick...*), formante procedente en toda probabilidad del latín *uicus* ‘barrio – aldea – pueblo’. Ciertamente el término latino fue también copiado por el céltico y otras lenguas germánicas, pero, como en el caso de *castrum*, con el detalle de que ni en el ámbito celtofónico (galés *gwig*, irlandés *fich*) ni en el germánico continental (ant. alto alemán *wih*, holandés *wik*) aparece reflejado de manera abundante ni conformando una tan densa red toponímica como en sede germano-británica<sup>1</sup>. En tal tesitura, la hipótesis más sencilla es considerar que tanto *castrum* como *uicum* fueron adoptados por una lengua germánica ya en suelo británico y directamente, esto es, ni en los lejanos y poco romanizados bosques de Sajonia ni necesariamente trámite una lengua céltica. Por otra parte, la variedad *ergo* posible dialectalización de las formaciones (*-caster, -cester, -chester* y *-wich* o *-wick*) apuntan sin duda a una notable antigüedad y mayor grado de patrimonialidad. Nótese también la persistente presencia del sustantivo copiado como segundo miembro de un compuesto, detalle muy germánico. Aun y por último en lo semántico la referencia cardinal en el tipo *Norwich* responde a un modelo mucho más germánico (*Essex, Middlesex, Norfolk, Northampton, Suffolk, Sussex, Wessex...*) que céltico.

La segura documentación epigráfica de formas célticas en época romana (*bracis, ceruesa*; Schmidt 2002: 76) frente a la aparente ausencia de formas germánicas en

---

<sup>1</sup> Debemos y agradecemos este argumento al Dr. Miguel Fuster Márquez, de la Universidad de Valencia, así como muchas observaciones y comentarios realizados sobre el tema.

territorio británico no supone necesariamente como *argumento e silentio* una prueba de la inexistencia de hablas —no de escrituras— germánicas en época anterior al s. V d.C. Es hoy sabido que en el mundo antiguo la escritura estuvo muchas veces reservada sólo para las capas elitarias de la población y, aun así, no para todas las hablas. Como escribe COSTA (1998: 272): «También en el mundo germánico son numerosos los testimonios que demuestran como la escritura estaba reservada a los iniciados y considerada un instrumento pérfido y peligroso». Llevando además aquel argumento a su extremo, habría que negar la existencia de hablas germánicas en el continente prácticamente durante todo el I milenio a.C.

La hipótesis de un origen maglemosiense para el *continuum* anglogermánico del que emergerá el inglés es también congruente con la existencia de una toponimia germánica en la Inglaterra oriental, sobre todo la meridional y la media, en notorio contraste con el resto de la isla (Alinei 2000: 399), zona aquella además caracterizada por la presencia de unos monumentos (*barrows* o túmulos de tierra, los megalíticos *henges*) diferentes de los continentales (Alinei 2000: 405). También la zona oriental de Inglaterra se caracteriza asimismo por la práctica ausencia de *hillforts* o asentamientos defensivos en cerros y colinas y por la presencia de aldeas abiertas con evidencias de la práctica de una agricultura, un notable contraste que, escribe ALINEI (2000: 411), «sería difícilmente explicable si toda la isla hubiese sido céltica». Nótese que la existencia de estos fortines o castillejos apuntaría más bien a necesidades defensivas que agresivas, como suele ser habitual en análogos casos históricos, es decir, sería congruente con ese «predominio germánico sobre los celtas, en el Neolítico, y después una inversión de su relación a partir de la Edad de los Metales» (Alinei 2000: 411), hipótesis que contaría con numerosos argumentos a su favor. Son sólo otra vez los prejuicios de la Lingüística indoeuropea tradicional los que imponen que, por ejemplo, los fortines con la tan céltica terminación en *-briga* en gran parte del territorio peninsular hispano deban ser forzosamente tomados como ejemplos de *conquistadores* celtas y no de poblaciones autóctonas que construyen para defenderse. En defensa de la tesis de unos *-briga* defensivos y no de agresivos ocupantes correctamente UNTERMANN (2001: 196) aduce el testimonio de los *oppida* —¡Alesia!— en la Galia cesariana. Cabría también señalar el ejemplo de los numerosísimos castillos construidos en España por los cristianos durante la Edad Media para defenderse de los invasores musulmanes. En fin, a nadie se le ocurriría atribuir la abruptísima y célebre fortaleza de Montségur a una estrategia invasora de los cátaros...

En relación a su eventual germanofonía otro de los pueblos más damnificados por los prejuicios de la Indoeuropeística tradicional parece haber sido el de los antiguos belgas. Es cierto que preliminarmente CÉSAR (*Gall.* 1,1) hace a los belgas —etimológica y literalmente— *rivales* de los germanos, es cierto que muchos de sus etnónimos presentan un aspecto generalmente bien céltico (*Ambiani, Bellouaci, Caleti, Menapii, Morini, Viromandui...*), pero es también cierto

- que con mucha frecuencia los etnónimos suelen ser dados por los pueblos vecinos,

- que los romanos accedieron al conocimiento de los belgas sobre todo trámite los galos, por lo que este factor puede haber producido cierta distorsión etnonímica a favor de lo céltico,
- que la hegemonía de los celtas y más concretamente de los galos en la época anterior ha debido de comportar una celticización de muchos aspectos culturales y lingüísticos de los hasta hace poco sometidos germanos, sus vecinos, de modo que no puede dudarse de una “superposición de un fuerte superestrato céltico sobre un territorio germánico” (Alinei 2000: 369),
- que, aun así, no faltan, entre los históricos belgas, etnónimos potencialmente germánicos, como *Eburones* (cf. ant. alto alemán *eburu* ‘jabalí’; ítem *Neruii*, *Suessiones...*),
- que específicamente el divino CÉSAR (*Gall.* 1,1) declara que la lengua de los belgas es distinta de la lengua de los galos,
- que específicamente más tarde CÉSAR (*Gall.* 2,4) afirma que las tribus belgas de los *Caemani* (o *Paemani*), *Caerosi*, *Condrusi* y *Eburones* son denominados bajo el mismo nombre de *Germani* (*uno nomine Germani appellantur*); que, siempre según CÉSAR, además los *Segni* y, otra vez, los *Condrusi* (*Gall.* 6,32: *ex gente et numero Germanorum*; véase aún 5,28) serían asimismo germanos, como serían también simplemente germanos la mayor parte de los belgas, los cuales, tras haber cruzado el Rin en época bien antigua, se habrían establecido en ese territorio y desplazado a los galos allí existentes (*Gall.* 2,4: *plerosque Belgae esse ortos a Germanis...*),
- que, según ESTRABÓN (4,194) y TÁCITO (*Germ.* 28), también, entre los belgas, los *Neruii* serían un pueblo germánico.

Por otra parte, CÉSAR (*Gall.* 5,12) presenta a *Belgae* procedentes de Belgio (*ex Belgio transierunt*) instalándose en *Britannia* y además escribe que habitan las costas, viven como agricultores y mantienen en los nuevos asentamientos los nombres de sus lugares de procedencia. El problema es que, según algunos (Alinei 2000: 370s con referencias), a partir de otras referencias en CÉSAR (*Gall.* 5,24 y 25) podría establecerse que Belgio sería sólo una parte del territorio de los belgas y probablemente, en concreto, de habla gálica, es decir, céltica.

En cualquier caso y al margen del caso de los *Belgae*, hay buenas evidencias de presencia de seguros germanos en Gran Bretaña en épocas al menos medio milenio anteriores al *aduentus Saxonum*. Así TÁCITO (*Agr.* 28) nos refiere de beligerantes tropas de usipos reclutadas en Germania (*cohors Usiporum per Germanias conscripta*).

El problemón del *aduentus Saxonum* o llegada de sajones y otros pueblos germánicos desde el continente con el fin de la Antigüedad se explicaría mucho más fácilmente en la hipótesis de la ayuda entre *parientes*, un fenómeno tan común a lo largo de toda la historia europea. Basta leer el *De bello Gallico* de Julio CÉSAR (verbigracia 4,22), para darse cuenta de que en el mundo antiguo las ayudas militares se producían entre pueblos afines —afines sobre todo en lo lingüístico y en lo religioso— que se socorrían unos a otros. En la exposición clásica que se desprende sobre todo de un par de pasajes de la *Historia ecclesiastica* del venerable BEDA (1,15 y 5,23) no queda explicada la razón de la llamada de socorro de un celta insular, un tal

*Vortigerno* —de nombre o bien, como han sugerido autores como CHADWICK (1962), de título— a gentes germánicas del continente ¿Por qué precisamente a ellos? Evidentemente la hipótesis de que germanos de cultura y lengua llamaran a otros germanos en su ayuda es mucho más razonable. La llegada de nuevos contingentes de germanofonos a suelo británico no hizo sino contribuir, en un proceso bien conocido, al surgimiento de una *coiné* entre afines.

De modo general se notará, además, siempre para las fuentes antiguas la posibilidad de utilizar metonímicamente nombres como *Britanni* para todos los habitantes de la antigua *Britannia* y ello en modo similar a cómo, por ejemplo, se empleara el término *iberos* y afines para todos los habitantes de la antigua Península Ibérica fueran, estrictamente hablando iberos, o no (baste aducir Domínguez 1983). La comparación puede ser especialmente oportuna por cuanto, como los iberos en *Hispania*, los celtas en *Britannia* representarían a la sazón el estamento cultural y económicamente hegemónico, por lo que sin dudas habrían eclipsado la presencia de otras [eventuales] poblaciones. Aun así, se notará también que el formante en *-on-* de los textos latinos para algunos etnónimos británicos, como en *Caledonii*, *Dicalydones* (o *Dicalidones*) y *Verturiones* (o *Vecturiones*) cuenta con numerosos paralelos entre los etnónimos germánicos: *Auiones* (Tac. *Germ.* 40), *Herminones* (Tac. *Germ.* 2), *Ingaeuones* (Tac. *Germ.* 2), *Istaeuones* (Tac. *Germ.* 2), *Nuitones* (Tac. *Germ.* 40), *Saxones* (Ptol. 2,11), *Vangiones* (Tac. *Germ.* 28)...

Por último, en la línea de lo avanzado ya por TÁCITO (*Agr.* 11), para quien los rubios cabellos y gran tamaño de los habitantes de Caledonia (más o menos la Escocia actual, de celticización lingüística de origen irlandés) asegurarían su origen germánico (*Germanicam originem adseuerant*), y el bronceado aspecto y cabellos más rizados de los siluros (más o menos en el sur del actual País de Gales) darían fe de su origen en la Península Ibérica (*Hiberos ueteres traiecisse*) además del parecido entre las gentes británicas del sur y los galos (*proximi Gallis et similes sunt*) y entre sus lenguas (*sermo haud multum diversus*), el testimonio genético, popularizado ya en documentales televisivos como el especial británico *The Celts* con participación de Bryan SYKES, apunta a una substancial y antiquísima diferencia entre las poblaciones occidentales y orientales de Gran Bretaña, vinculándose las primeras a Francia e España y las orientales a la costas continentales del Mar del Norte, algo que, como todo lo anterior, sería fácilmente explicable desde los postulados arriba expuestos y muy difícilmente explicable si el primer contingente de germanos hubiese esperado hasta el siglo V d.C. para pisar suelo británico y propagar sus genes en una medida tal que en apenas milenio y medio estos habrían superado la proporción de genes de las —siempre en el supuesto tradicional— *únicas* poblaciones autóctonas y que llevaban allí asentadas desde el último Paleolítico Superior.

Posteriores investigaciones podrán determinar si la historia de las lenguas germánicas en Inglaterra, si la historia del inglés, comienza en la Edad de los Metales o en el Neolítico o si puede incluso remontarse hasta el Mesolítico, en cualquier caso, hoy por hoy, podría concluirse que difícilmente pudo no hablarse lengua germánica alguna en suelo británico antes de la medieval travesía de los sajones.

## Referencias

- J. ADAMS & M. OTTE, «Did Indo-European Languages Spread Before Farming?», *Current Anthropology* 40 (1999) 73–7.
- M. ALINEI, *Origini delle lingue d'Europa. I La Teoria della Continuità*, Bologna 1996.
- Origini delle lingue d'Europa. II Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*, Bologna 2000.
- E. BERNÁRDEZ SANCHIS, «Las Lenguas Germánicas», I. De la Cruz Cabanillas & F.J. Martín Arista edd., *Lingüística histórica inglesa*, Barcelona 2001, 61–106.
- F. CAVAZZA, *Lezioni di indoeuropeistica con particolare riguardo alle lingue classiche (sanskrito, greco, latino, gotico) I*, Pisa 2001.
- N.K. CHADWICK, «Bretwalda – Gwledig – Vortigern», *The Bulletin of the Board of Celtic Studies* 19 (1962) 225–30.
- G. COSTA, *Le Origini della Lingua Poetica Indeuropea. Voce, coscienza e transizione neolitica*, Florencia 1998.
- «Continuità e identità nella preistoria indeuropea: verso un nuovo paradigma», *Quaderni di Semantica* 21 (2001) 215–60.
- X.R. CUBA & A. REIGOSA & X. MIRANDA, *Diccionario dos seres míticos galegos*, Vigo 2000<sub>3</sub>.
- A.J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, «Los términos 'Iberia' e 'iberos' en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum* 2 (1983) 203–24.
- A. ERNOUT & A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París 1979<sub>4</sub> (= 1959).
- F. FERNÁNDEZ, *Historia de la Lengua Inglesa*, Madrid 1993<sub>2</sub>.
- R. GENDRE, «Le Origine dei Germani», V. Dolcetti Corazza & R. Gendre curr., *Antichità Germaniche*, Alessandria 2001, I 43–122.
- A. HÄUSLER, «Invasionen aus den nordpontischen Steppen nach Mitteleuropa im Neolithikum und in der Bronzezeit: Realität oder Phantasieprodukt?», *Archäologische Informationen* 19 (1996) 75–88.
- «Zum Ursprung der Indogermanen. Archäologische, anthropologische und sprachwissenschaftliche Gesichtspunkte», *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift* 39 (1998) 1–46.

J. HOEKSTRA & P.M. TIERSMA, «Frisian», E. König & J. Van der Auwera edd., *The Germanic Languages*, Londres–N. York 2002 (= 1994), 505–31.

R.M. JAKOBI, «Aspects of the “Mesolithic Age” in Great Britain», S.K. Kozłowski cur., *The Mesolithic in Europe*, Varsovia 1973, 237–65.

H. KRAHE, *Lingüística Germánica*, trad. M.T. Zurdo, Madrid 1994z.

H. KÜHN, «Herkunft und Heimat der Indogermanen», *Proceedings of the First International Congress of Prehistory*, Oxford 1932, 237–42.

M. OTTE, «The diffusion of modern languages in prehistoric Eurasia», R. Blench & M. Spriggs edd., *Archaeology and Language I. Theoretical and Methodological Orientations*, Londres–N. York 1997, 74–81.

«Prehistory of the Europeans: a Comment on Cavalli-Sforza», *Journal of Anthropological Research* 54 (1998) 401–5.

«The History of European Populations as seen by Archaeology», C. Renfrew & K. Boyle edd., *Archaeogenetics: DNA and the population prehistory of Europe*, Cambridge 2000, 41–4.

C. POGHIRC, «Pour une concordance fonctionnelle et chronologique entre linguistique, archéologie et anthropologie dans le domaine indo-européen», R. Beekes & A. Lubotsky & J. Weitenberg edd., *Rekonstruktion und relative Chronologie. Akten der VII. Fachtagung der Indogermanischen Gesellschaft*, Innsbruck 1992, 321–33.

J. POKORNY, *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, Berna–Múnich, 1959–1969, II voll.

P. RAMAT, «Le lingue germaniche», A.G. Ramat & P. Ramat curr., *Le lingue indoeuropee*, Bolonia 1993, 409–40.

C. RENFREW, *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*, trad. M.J. Aubet, Barcelona 1990.

«Time Depth, Convergence Theory, and Innovation in Proto-Indo-European: ‘Old Europe’ as PIE Linguistic Area», *JIES* 27 (1999) 257–93.

M. RICHARDS & V. MACAULEY & E. HICKEY & ALII, «Tracing European Founder Lineages in the Near Eastern mtDNA Pool», *American Journal of Human Genetics* 67 (2000) 1251–1276.

K.H. SCHMIDT, «Insular Celtic: P and Q Celtic», M.J. Ball & J. Fife edd., *The Celtic Languages*, Londres & N. York 2002 (= 1993), 64–98.

O. SEMINO & G. PASSARINO & P. OEFNER & ALII, «The Genetic Legacy of Paleolithic *Homo sapiens sapiens* in Extant Europeans: a Y Chromosome Perspective», *Science* 290.10 (2000) 1155–1159.

G. SOPEÑA GENZOR, *Ética y Ritual. Aproximación al Estudio de la Religiosidad de los Pueblos Celtibéricos*, Zaragoza 1995.

B. SYKES, *Les sept filles d'Eve. Génétique et histoire de nos origines*, trad. P.E. Dauzat, París 2001.

J. UNTERMANN, «La toponimia antigua como fuente de las lenguas hispano-celtas», *Palaeohispanica* 1 (2001) 187–218.

A. VAN KEMENADE, «Old and Middle English», E. König & J. Van der Auwera edd., *The Germanic Languages*, Londres–N. York 2002 (= 1994), 110–41.